El tránsito vehicular como metáfora política

Tiempo de lectura: 4 min.

Ignacio Avalos Gutiérrez

Para nadie es una sorpresa que las encuestas se fueran mostrando cada vez más despiadadas en la valoración de la gestión del Presidente Maduro. No hay que ser adivino para suponer que los datos no eran sino el anticipo de las pichirres cifras obtenidas por el oficialismo en las elecciones presidenciales celebradas el pasado 10 de julio, descaradamente encubiertas por el CNE y plasmadas, según ya corre a manera de fábula popular, en una pequeña servilleta extraída del bolsillo de atrás del pantalón del director del organismo comicial.

Dentro del marco anterior, me vino la idea de contarme a mí mismo como transcurre la vida en Caracas, tomándolo como un ejemplo que ilustra lo que, de otras maneras y en distintas profundidades, dejan ver las grietas que cruzan a lo largo y ancho del país. El lector no encontrara cifras, pero sí sensaciones que son compartidas, de distintos modos y con desiguales alcances, por quienes vivimos aquí.

Las líneas anteriores sirven, pues, de preámbulo para abordar el desgobierno que domina la capital del país, valiéndome de la circunstancia de que vivo en ella casi desde que yo soy yo. El día a día, me ha dado para saber, sobre todo en tiempos recientes, que existo en medio de un desbarajuste del cual todos somos víctimas (y también responsables), cada cual a su manera.

La anomia

Caracas es una sociedad dibujada por la anomia, concepto creado y popularizado a mediados del siglo XIX por el sociólogo francés Emile Durkhein, refiriéndose a la carencia o incumplimiento de leyes, normas y convenciones, elementos éstos sobre los que se bambolea nuestra débil convivencia social, generando la sensación de ansiedad, angustia, aturdimiento, inseguridad y otros factores, como parte de una larga cabuya que nos deja la impresión general de descarrilamiento.

Dentro de nuestro perímetro urbano existe, desde luego, un compendio de normas que busca la convivencia social. Pero, apelando al mencionado autor, la mera existencia de reglas no disuelve la anomia. Es imprescindible que se cuente con instituciones (y convicciones) que procuren su cumplimiento.

De no ocurrir así, las circunstancias dan el pretexto para desempolvar la ley de la selva, asumiéndola como consigna existencial. Hoy en día, el gobierno caraqueño luce inerme, convertido, casi, en una ficción si nos atenemos a sus resultados negativos.

Vivir en Caracas

Actualmente vivir en Caracas es contar con servicios públicos que mal atienden a sólo una parte de los ciudadanos. Es transitar un lugar de cemento, con escasas áreas verdes y con poca noción del espacio público. Es más de tres mil barrios en donde amanece y anochece la mayor parte de los habitantes capitalinos, fabricándose su vida a punta de sudor y lágrimas, también de sangre. Es cientos de urbanizaciones ubicadas en calles taponadas, copadas por viviendas enrejadas, custodiadas por vigilantes, prueba esta última de que la seguridad es principalmente para quienes pueden pagarla.

Caracas es dos ciudades que se comunican apenas lo indispensable y que si no fuera por el metro, seguramente no se conocerían. Es en algunas de sus áreas una economía subterránea de modesta magnitud, a cargo de empresarios nómadas que compran y venden más o menos lo que pueden, al precio que les acepta el cliente. Es una sociedad pensada como si no hubiese niños ni tampoco ancianos.

Caracas es, en fin, el Guaire, eterno objeto de promesas traicionadas, que juraron transformar un rio de aguas negras, en un balneario de ensueño.

Trafico endiablado

Caracas es, por otro lado, un tráfico endemoniado por todos sus rincones y a toda hora, causa de una neurosis de la que, según los psiquiatras, nadie se salva. Es una multitud de carros, camionetas, autobuses, motocicletas y hasta bicicletas que ignoran las rayas que delimitan los ámbitos de circulación y cuyos conductores se valen de un pito o de una corneta que no paran de sonar, amenazando con reventarte los tímpanos, todo porque no los dejas pasar o no arrancas inmediatamente, apenas cambia la luz del semáforo de roja a anaranjada.

Caracas es, igualmente, transitar a casi cualquier hora a una insólita velocidad, un rasgo impresionante sobre todo en o que respecta a cientos de motos, en las que resulta frecuente observar que el conductor viaje con su esposa y entre ambos vaya sentado un bebe que se chupa el pulgar, sin parecer asustarse por las maromas suicidas que comete su padre.

Caracas es, así mismo, un grupo de policías llamados a poner orden en calles, avenidas y autopistas y que disponen del derecho a detener a cualquier conductor alegando una microscópica infracción, con el propósito de “matraquearlo”, esto es, quitarle un dinero que pretende ser la sanción a su “mal comportamiento ciudadano”.

Caracas es, en fin, una ciudad habitada por gente ansiosa de vivir vislumbrando un largo plazo amable, bajo el paraguas de un proyecto social compartido que cuente, además, con las condiciones institucionales necesarias para armonizar las tareas políticas y administrativas que permitan lograrlo.

La seducción del autoritarismo

Diversos análisis dedicados a evaluar la calidad democrática de los países del mundo señalan que solo 8% de su población vive en democracias plenas, 39% en democracias deficientes, 17% en democracias hibridas y casi el 40% bajo sistemas autoritarios, entre los que se encuentra Venezuela, posicionada en los lugares más bajos de esta lista.

Con razón habla Anne Apelbaum del “Ocaso de la democracia en el mundo”, su último libro. Digo esto porque dada las condiciones que tejen nuestro país, ejemplificadas someramente por el caso del tráfico caraqueño y dejando a un lado los otros múltiples y severos problemas (salud, desempleo, educación, violencia,

minería, manufactura, deterioro de la biodiversidad y paremos de contar), cuesta entender que la prioridad del gobierno sea aprobar una ley que bajo la pretensión de luchar contra el fascismo, proponga unas medidas pensadas como una herramienta para que el actual gobierno no pueda (¿volver?) a perder unas elecciones.

Se trata de la “seducción del autoritarismo”, diría la prestigiosa escritora polaca.

Viernes 18 de noviembre de 2024

ver PDF
Copied to clipboard